



Nadie está en una situación de mayor servidumbre con la realidad de las cosas que quien se ha vedado el recurso a la mentira, mucho más maleable

A menudo amigos, conocidos, saludados y desconocidos me envían sus libros. Yo trato de leerlos poco a poco y de contestarles con sincero agradecimiento. Me ayuda mucho **Plinio el Joven**, que dijo: «No hay libro malo que no tenga algo bueno». Por supuesto, los hay buenísimos, y esos los aplaudo en público a la menor ocasión. **De los otros, destaco lo que me gustó**, dejando, si no tengo mucha confianza con el autor, que el silencio -«El resto es silencio», como diría Hamlet- les haga la autocrítica.

Escribí a alguien señalando con precisión las dos cosas estupendas que vi en su libro. Me respondió: «Anda, recoméndalo por escrito, que los lectores a ti te hacen mucho caso». Lo confieso: me halagó. Y **me sorprendió la crudelísima paradoja latente**: algunos me hacen caso... precisamente porque ni siquiera por mucha simpatía que tenga al autor lo recomendaría a nadie si no estuviese convencido de que merece la pena, y especificando bien por qué.

Esta vez no vengo a hablar -descuiden- de literatura, sino de nuestra relación con la verdad. Nos parece que quien la dice es un señor, y lo es, pero nadie está en una situación de mayor servidumbre con la realidad de las cosas que quien se ha vedado el recurso a la mentira, mucho más maleable. Lo que me trae a la memoria a dos maestros.

G. K. Chesterton notaba que una diferencia entre los tiempos feudales y los modernos se dejaba ver en las vestimentas. El noble arzobispo **Tomás de Canterbury** podía vestir de armiño y sedas, con vivos colores heráldicos y brillos de vidriera en sus anillos y collares, que llameaban llamando la atención sobre la dignidad de su cargo, pero, **por dentro, el hombre llevaba una áspera camisa de estameña** o de pelo como mortificación y recuerdo de su condición caduca. En cambio, el moderno ejecutivo o político viste trajes muy sobrios de colores oscuros, pero qué suavidades y lujos interiores. **Pasa con quien dice la verdad: por fuera, parece un displicente**, quizá, o un dogmático, o un pedante, pero **cuánto esfuerzo interior por descubrirla**, por no falsearla, por no flaquear.

El otro maestro lo fue directamente en la **Universidad de Navarra**. Don **Álvaro d'Ors** llamaba la atención sobre las -en apariencia- incoherentes palabras del centurión que pide a **Jesús** la curación de su criado: «Porque también yo soy hombre sometido a obediencia, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a este: “Ve”, y va; y al otro: “Ven”, y viene; y a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace». Con el sentido dramático del buen profesor, **D'Ors** subrayaba la contradicción de que la razón de tanto mando en plaza fuese el sometimiento; luego, nos hacía ver que esa frase despertó la franca admiración de **Jesús** y, por último, nos explicaba que no era excepción, sino ley. Toda potestad nos es concedida de lo alto. Y **nadie puede tener una autoridad que no nazca de la obediencia**. Ni el más pequeño de los críticos literarios.

Por supuesto, se pueden fingir autoridades, falsear prestigios o forzar obediencias. Ahora bien, su recorrido será corto y abrupto. El lector -que es el crítico del crítico- puede no estar de acuerdo con una recomendación mía, pero tiene que detectar, al menos, que **las razones por las que me equivoqué fueron auténticas** y no espurias (incluso por buenos sentimientos). Lo mismo pasa con el sabio, con el juez, con el ejecutivo o con el político. Cuanto más poder, más responsabilidad: no solo en el sentido de responder de los propios actos, sino de hacerlo, sobre todo, previamente, a unas exigencias estrictas.

El crítico literario lo experimenta en su quehacer diario, pero a los poderosos les obliga más aún y, tal vez por eso, sufren tantas tentaciones de rebelarse: ¡con lo que les ha costado llegar...!, y fue para acatar antes y mejor las leyes de la economía, de la naturaleza,

de la dignidad humana, del sentido común, etcétera. Luego, **será mejor obedecido cuanto más obediente sea**. En la Iglesia, con su fino instinto depurado por siglos de Tradición, el sumo pontífice es «el servidor de los siervos de Cristo», lógicamente.

Enrique García-Máiquez, en [Nuestro Tiempo](#).